

XIII

La crisis prevista por el médico se había resuelto favorablemente, hasta el extremo de permitir á Mauricio un descanso de tres horas. Durante este sueño suave y tranquilo, de que el enfermo parecía haber perdido la costumbre, la sangre había refluído de la cabeza al corazón, y cuando despertó, buscó aclarar sus ideas todavía oscuras y confusas en su cerebro. Recordó vagamente haber visto aparecer prontamente á Fernanda y oídola cantar su aria predilecta, y luego vió mentalmente á su lado y en torno de sí, aquellas tres mujeres á las que nunca jamás parecía deber reunir ninguna combinación humana. Ahí era donde parecía asaltarle de nuevo el delirio; ahí donde para él la realidad se convertía en sueño. Fernanda, la señora de Barthele y Clotilde, las tres á la cabecera de su lecho, ¡imposible!

Con todo, sueño alguno dejara huella tan profunda en su espíritu. El piano estaba abierto todavía, como todavía vibraba la voz en sus oídos, como flotaba en el ambiente el suave perfume de violeta que siempre acompañaba á Fernanda; pero más que cuanto llevamos dicho, decíale que lo que viera no había sido una aparición la calma difundida por todo su cuerpo, el bienestar extraordinario de que disfrutaba y del cual su corazón parecía ser el centro.

Mauricio tendió la mano hacia el cordón de la campanilla para llamar á alguien; pero receló que podían tener interés en engañarle y que en este caso los criados estarían advertidos. Por otra parte, el movimiento que acababa de hacer, por muy ligero que hubiese sido, le había dado la medida de sus fuerzas. Parecióle, lo que hubiera creído imposible antes del sueño reparador de que recién despertaba, que podría sostenerse en pie y andar. Entonces ensayó bajarse del lecho, y si bien al afirmarse en el suelo éste le produjo el efecto de que se

hundía, poco después recobró un poco el equilibrio, y aunque endeble, comprendió que podría bajar por la escalera. Interinamente no ambicionaba más.

Sin embargo, las costumbres delicadas del aristócrata se sobrepusieron á la pasión, y Mauricio se arrastró hasta el tocador. ¡Ah! ¡cuán otro se contempló al espejo, el que no se había visto desde el día que guardara cama! Con todo, los ojos, agrandados por la delgadez, eran más expresivos; los cabellos volvieron á adquirir su elegante ondulación con sólo pasar por ellos el cepillo; los dientes se le conservaban hermosos, y aun su palidez era atractiva y sobre todo interesante. En una palabra, Mauricio se convenció de que nada perdería en el ánimo de Fernanda de verle ésta en tal momento.

Entonces, con trabajos y fatigas, deteniéndose á cada paso y descansando en cada escalón, empezó á bajar, sostenido por la idea de que en algún recodo del pasillo ó al umbral de alguna puerta iba á encontrarse con Fernanda. Pronto, al llegar cerca del comedor y al oír el rumor de las voces, se desvaneció su esperanza. Fernanda no era sino una aparición de su fiebre, un sueño de su delirio; porque ¿cómo suponer á ésta sentada á la misma mesa que Clotilde y la señora de Barthele? No obstante, al escuchar, parecióle oír su voz, aquella voz de timbre á la vez tan suave y vibrante; acercóse, y ya no le cupo duda de que aquel era el acento de Fernanda. Entonces, perdido el dominio de sí propio y sin calcular nada, llevó la mano al pomo de la puerta y la abrió.

Al oír el grito que la señora de Barthele profiriera, Mauricio sintió de improviso despertarse en él el sentimiento de las consideraciones sociales. A la primera mirada había visto á Fernanda, pero también al rededor de ésta á varios personajes que á su juicio era imposible que se encontrasen allí: en efecto, vió á su madre, á su mujer, á Montgiroux, á la de Neuilly y á los dos jóvenes. Mauricio, á la presencia de semejante reunión, se sintió intimidado; una como turbación íntima originada del desorden de sus ideas, paralizó el esfuerzo que hiciera para llegar hasta el comedor. Cual niño cogido en

falta, echó mano de la mentira, buscando de esta suerte engañarse á sí mismo para poder engañar más fácilmente á los demás.

—¡Válgame Dios! ¿eres tú, Mauricio? ¡Qué imprudencia! exclamó la baronesa, corriendo la primera al encuentro de su hijo, á quien ofreció el brazo.

—Sosiéguese V., madre, dijo el enfermo; me siento mejor, el sueño me ha restituído fuerzas; pero tenía necesidad de aire.

Y mientras hablaba de esta suerte. Mauricio consultaba con la mirada, la mirada de los circunstantes.

Una de las más maravillosas facultades de la inteligencia humana es la intuición, sentido interno libre de todo influjo de los sentidos externos, que ejerce en nuestras pasiones un imperio mágico; esa como adivinación que sondea el pensamiento ajeno, y que en ciertas condiciones físicas y morales se sutiliza y adquiere más potente luz. Estas eran las condiciones en que Mauricio se encontraba en aquel momento. El alma del joven acababa de reanimarse en su debilitada envoltura: pura y libre de las incertidumbres de la materia, parecía envolver por completo todo su sér é imperar en absoluto. Así pues, el alma de Mauricio leyó en la de los demás con la rapidez ordinaria de sus percepciones más profundas.

En los ojos de su madre el joven vió atropellarse, por decirlo así, todos los arranques reunidos de un amor sin semejante en la serie de los sentimientos humanos; en los de su esposa un afecto sincero unido á cierta turbación, y en los de Fernanda, la llama de ese deleite celestial que brilla con el inimitable fulgor de las facetas del diamante. Era cuanto quería; los demás tanto le importaban; porque ¿qué necesidad tenía de saber lo que pasaba en el alma de la envidiosa Cornelia, en el insensible corazón de Montgirotux y en las destornilladas cabezas de Fabián y de León?

Como afortunadamente no había allí quien no sintiese en el fondo del corazón el egoísmo de sus intereses individuales, no era de temer el conflicto de una explicación, pues todos y cada uno salían ganando mante-

niéndose en el terreno de la discreción y de la prudencia.

—Está bien, dijo el médico, quien, menos preocupado consigo mismo que los demás, era natural que rompiese el silencio; ya que el enfermo siente necesidad de aire, tomémosle. Al jardín, señoras, si les place; el enfermo que anda por sus piernas está en vías de restablecerse aprisa.

Y al par que se apoderaba del brazo de Mauricio, el galeno dirigió una mirada tranquilizadora á la baronesa. Clotilde tomó la delantera para hacer preparar en el bosquecillo de acacias y arces, donde debían saborear el café, una gran silla de brazos para el enfermo. La de Neuilly se pegó á Fernanda, abrumándola con sus protestas de amistad y con sus preguntas. En cuanto á Montgirotux, Fabián y León, siguieron lentamente al grupo principal, es decir, á Mauricio, á la baronesa y al médico.

El conde, molesto por el retardo que semejante acontecimiento hacía experimentar á sus explicaciones con Fernanda, había hecho algunas objeciones á dicho paseo; pero ¿quién ha visto nunca que un médico modifique sus disposiciones? Sería confesar que estaba propenso á error; y ya sabemos que, sobre todo en medicina, está admitida la infalibilidad, por los médicos, se entiende. El galeno, pues, se mantuvo firme en sus trece, y no hubo más remedio que apechugar con lo que él dispusiera.

La de Neuilly creía no haber llegado aún el instante de importunar con sus preguntas al enfermo, á quien tuviera ocasión de dirigir la palabra; pero en su cerebro hilvanaba un interrogatorio tan alambicado, que Mauricio, por mucha que fuese su astucia, no podía menos de dejar traslucir algo la verdad, con lo cual aquella se proponía reconstruir toda la historia, como Cuvier, con un fragmento de mammoth ó de mastodonte, reconstruyó, no sólo el animal muerto, sino toda una especie desaparecida. Ínterin y cómo por otra parte para cobrar paciencia, el cambio físico que los sufrimientos hicieran experimentar á su joven pariente eran para ella causa

de regocijo íntimo, tomó un ademán hipócrita, y halló medio de desahogarse con su antigua amiga de la satisfacción secreta que le infundía la envidia.

—¡Pobre Mauriciol dijo la de Neuilly, si le hubiese visto en otra parte, de no estar prevenida apenas si le hubiera conocido. ¿Crearás tú, mi querida Fernanda, —pero esó tú no puedes saberlo por no haberle conocido en sus buenos tiempos, —crearás que era todo un apuesto caballero? ¡Fien ustedes en la hermosura, cuando en tres semanas ó un mes puede experimentar tales estragos!

Fernanda dirigió una mirada á Mauricio y ahogó un suspiro. Efectivamente los dolores del alma habían impreso profunda huella en el semblante del joven: la frente de éste, tan correcta y tersa en otro tiempo, estaba atravesada por una arruga pensativa, y los ojos, antes vivos y apasionados, aparte del fuego febril que todavía los animaba, parecían apagados; sin embargo, nunca habían cruzado con Fernanda una mirada que respondiese más íntimamente al pensamiento que la dominaba en aquel instante. Vió en dicha mirada la joven una alegría tan dolorida, una queja tan humilde, un ruego tan afectuoso, que su amor, tal vez opreso, pero nunca extinguido, cobró nuevo ímpetu al calor de la suave llama de la compasión. Con todo, al mismo tiempo y por un efecto opuesto, en la pura atmósfera de aquella familia, al contacto de aquellas mujeres respetadas, un remordimiento vehemente y una esperanza dolorosa le inspiraban avidez por las emociones violentas, y la tranquilidad aparente en que todos estaban sumergidos y á la cual ella misma estaba condenada, hacía insoportable su situación. Con el corazón de esta suerte oprimido entre dos sentimientos contrarios, la joven hubiese querido dar expansión á sus lágrimas, desahogar su desesperación y su alegría, aliviar su dolor por medio de gritos y fuertes abrazos, correr y detenerse caprichosamente; pero en presencia de Mauricio y de la familia de éste y conociendo que todos sus movimientos eran observados, no le cupo sino sujetarse á las circunstancias; y á ellas se sujetó, respondiendo con graciosa sonrisa á los preliminares de su antigua compañera.

Por singular querer del acaso, en aquel drama tan tranquilo y sencillo en la apariencia, donde cada cual ahogaba con tanto cuidado y destreza las propias íntimas emociones, tocaba ahora á Mauricio caminar de sorpresa en sorpresa. No sólo veía á Fernanda recibida en la quinta por su madre y por Clotilde, sino del brazo de la Neuilly, quien la tuteaba y se deshacía en demostraciones de amistad para con ella. ¡Cornelia, aquella mujer tan gazmoña y reservada, acariciando y tuteando á Fernanda! Había para dudar de los ojos y de los oídos, para sospechar si continuaba el sueño febril del que la aparición de la cortesana en su dormitorio era la manifestación. Semejante á una comedia, aquel sueño parecía continuar desenvolviéndose á sus miradas al través de peripecias á cual más inverosímil, y en las que su corazón no podía menos de interesarse por modo muy vivo.

El médico, que daba el brazo á Mauricio y andaba con el dedo apoyado en el pulso de éste, seguía todos los vaivenes de la imaginación del joven en la disminución ó aceleramiento de los latidos de la arteria; emociones del alma que, á su juicio, al distraer á Mauricio del dolor principal, único y profundo que le causara la ausencia de Fernanda, tendían á devolverle la salud.

La señora de Barthele, inconscientemente vino á introducir una nueva turbación en el ánimo de Mauricio. Temerosa de que las preguntas de Cornelia no fatigasen á Fernanda, y de que ésta en sus respuestas no dejase escapar algunas palabras que pusiesen á su antigua compañera en autos de lo que había sido de la joven después de su separación en las puertas de San Dionisio, vino á interrumpir la conversación que, como ella previera; se hacía por momentos más dificultosa para Fernanda.

—¡Señoras! gritó la baronesa con la autoridad de los años y la firmeza que la daba el ser dueña de la casa, háganme ustedes el obsequio de aguardarme un poco, van ustedes demasiado aprisa.

Luego, volviéndose hacia los tres hombres que iban detrás, añadió:

—En verdad, no les entiendo á ustedes; todo anda desconcertado en Francia. ¿En qué está V. pensando, señor de Riculle? ¿Está V. reñido con la señora de Neuilly? ¿Y V., señor de Vaux, nada tiene que decir á la señora Ducoudray? Nosotros, los inválidos, somos los que debemos arrastrar los pies, no ustedes; ea, reunirse á las señoras y hagan por no adelantársenos demasiado.

El conde hizo un movimiento para echar tras Fabián y León; pero al pasar cerca de la baronesa, ésta le asió de la mano y le dijo:

—Poco á poco, caballero, V. forma entre los inválidos; hágame, pues, el obsequio de quedarse á retaguardia.

—Prima, repuso la de Neuilly, que en lo posible quería ahorrarse el oír los cumplimientos que los dos jóvenes no podían menos de dirigir á Fernanda, no se preocupe V. con nosotras; la señora Ducoudray y yo tenemos que hablar.

Esta era la segunda vez que sonaba el apellido Ducoudray, y para Mauricio era evidente que con él designaban á Fernanda.

—¿Y de qué están ustedes hablando? preguntó la baronesa.

—De sonambulismo; quiero que Fernanda me explique las sensaciones que experimenta cuando está en éxtasis.

¡Fernanda sonámbula! ahí otro episodio incomprendible para Mauricio; el cual se pasó la mano por la frente como para evitar que se le escapara la razón, pronto á desampararle.

—No me parece causa suficiente para privar á esos caballeros de un relato por el cual deben sentir tanta curiosidad como V., replicó la señora de Barthele.

—Sí, prima, arguyó Cornelia, asiéndose de Fernanda con más fuerza. Además, tenemos que hablar de recuerdos de la infancia, de secretos de colegio; dos buenas amigas como nosotras no se encuentran tras una separación de seis años sin tener que hacerse multitud de confidencias.

¡Cornelia y Fernanda amigas de colegio! ¿Así pues

ésta había estado educada en San Dionisio, y de consiguiente pertenecía á una familia noble por sus antepasados ó ennoblecida por su jefe? ¿Hasta aquel instante, pues, Mauricio no supo quién era Fernanda?

Por muy lentamente que hubiesen andado, habían avanzado poco ó mucho camino, y al revolver de una alameda vieron á Clotilde que estaba aguardando á los paseantes cerca del bosquecillo donde debían tomar el café; nueva parada en la que la conversación particular debía forzosamente generalizarse, como acontece siempre en casos semejantes.

Reuniéronse todos á la sombra de la hojosa bóveda, en torno de una mesa, arrimados á la cual había un sillón y varias sillas. El médico y la baronesa obligaron á Mauricio á que se sentara en la silla de brazos, y los demás, sin que les cupiera ocasión de escoger el sitio, ocuparon el más próximo á ellos; resultando que esta vez fué el acaso quien dispuso los grupos, que quedaron en orden completamente invertido. León se encontró separado de Fernanda, Fabián se vió al lado de Cornelia, Mauricio quedó entre su madre y el médico, el conde se vió constreñido á sentarse al lado de la señora de Barthele, y entre el conde y Fernanda quedó una silla vacía.

Clotilde, ocupada en hacer á los criados seña de que trajesen el café, todavía no se había sentado, y al volverse vió el sitio reservado para ella. Fernanda, que advirtió tan singular disposición, pálida y trémula iba á levantarse para solicitar la permuta de sitio con alguno de los caballeros; pero comprendiendo la imposibilidad de hacerlo, tuvo que resignarse; á bien que Clotilde, al notar el apuro de la joven, se apresuró á sacarla de él tomando asiento á su lado.

Mauricio vió, pues, frente á sí y codeándose, á su esposa y á Fernanda; las cuales, puestas de esta suerte en contacto, era imposible que evadiesen la necesidad de ocuparse una en otra; y como advirtiera la turbación recíproca de las dos mujeres, fijó por un instante en ellas los ojos con expresión de incertidumbre y admiración indecibles.

—¡Ella aquí! ¡Fernanda en Fontenay! ¡Fernanda recibida por Clotilde y por mi madre! decía para sí el joven; ¡Fernanda bajo el nombre de madama Ducoudray, amiga de la Neuilly, su compañera de colegio en San Dionisio y pasando plaza de sonámbula! ¿Ha sabido, pues, que yo había renunciado á la vida y queriendo reanimarme con el influjo de su conmiseración ha recorrido á la astucia para llegar hasta mí? ¿Qué hay de verdad ó de ficción en todo esto? ¿Dónde esta la mentira y dónde la realidad? ¿Por qué la dan un nombre que no es el suyo? ¿A quién pedir la clave de este enigma? ¿Cómo ha venido este sueño tan suave y cómo se desvanecerá? Como quiera que sea, Fernanda está ahí; la veo y la oigo. ¡Gracias, Dios mío, gracias!

Evidentemente el enfermo caminaba hacia su curación, como lo demostraba el que hubiese llegado á someter su raciocinio, flaco como aun lo tenía, á las leyes de la lógica. El médico, que admiraba los estupendos recursos de la naturaleza, que hacen que en cierta edad de la vida la ciencia no deba pasmarse de cosa alguna, seguía la sangre que empezaba á reaparecer en la transparencia de la piel y coloreaba ya las pálidas carnes y las facciones del joven, descompuestas aun la víspera y amarillentas cual si la muerte las hubiese ya tocado con su dedo. Luego, con una mirada acompañada de un movimiento de cabeza y de una sonrisa, tranquilizó á la señora de Barthele, siempre atenta á las acciones de su hijo. Por lo demás, todo parecía celebrar la convalecencia de Mauricio: la naturaleza, tan hermosa en los primeros días de mayo, renacía con él; el aire estaba tranquilo, puro el cielo, el sol doraba con sus últimos rayos la cima de los árboles corpulentos, que apenas se estremecían á impulsos de la brisa, y los dos cisnes del tercio estanque se perseguían uno á otro. Todo era armonía en la naturaleza, todo respiraba la vida en el interior de Mauricio, quien nunca experimentara ese extraordinario bienestar de que sólo pueden formarse concepto los que tras un desmayo abren de nuevo los ojos y vuelven á la existencia.

Ínterin, de uno á otro grupo se sostenía una de esas

conversaciones del todo ajenas á la vida del corazón, cortada con una frase, realzada con un chiste, y anudada de nuevo, al encontrarse próxima á caer, con una de esas preguntas vanas que abren la válvula á la incomprendible jerigonza de la gente aristocrática.

En medio de esta charla frívola en la apariencia, se deslizaban algunas palabras que Mauricio parecía querer absorber con los ojos ya que no podía con los oídos: eran las que cruzaban entre sí las dos jóvenes, las dos rivales, Fernanda y Clotilde; esta, obligada á ser cortés y bondadosa; aquélla constreñida á corresponder á los cumplidos de su compañera de mesa. La esposa analizaba á pesar suyo todas las perfecciones de la cortesana, y á medida que iba conociendo la superioridad de ésta sobre ella, pensaba contra su voluntad en Fabián; la cortesana descubría en la frente de la esposa ese candor de que ella habia olvidado el secreto. Una y otra en situación semejante disimulaban la penosa sensación que aquella forzada proximidad ocasionaba á sus corazones, sin que, no obstante, pudiesen desechar un mismo pensamiento, una preocupación única, que, pese á los esfuerzos de cada una por sí para vencerla, renacía sin cesar más vigorosa, y les hacía comprender que no cabía sino callarse ó hablar de Mauricio.

—Por Dios, señora, dijo Clotilde, que fué la primera en romper el silencio, pero sin embargo hablando bastante quedo para que nadie pudiese oírla, excepto aquella á quien se dirigía; por Dios, no nos recrimine V. el que hayamos sabido una cosa que V. deseaba ocultarnos. El acaso ha conducido á esta casa á la señora de Neuilly, y únicamente al acaso debemos la satisfacción de saber quién es V., lo que nos mueve á apreciar tanto más... el favor... que nos ha hecho al acceder á nuestros deseos; únicamente le pido á V. mil perdones por ella...

—Señora, interrumpió Fernanda, no me cabía derecho á impedir que la señora de Neuilly cometiese una indiscreción; á bien que estoy segura de que ésta estaba lejos de imaginar que podía causarme pesadumbre al revelar el nombre de mi padre. Lo único que siento es

que la llegada de una antigua compañera haya hecho todavía más falsa mi posición en su casa de V.

—Dispéñeme V. que no abunde en su parecer, señora; la educación y la cuna son dos cualidades indelebles que llevan consigo sus privilegios.

—Yo soy madama Ducoudray y nada más, repuso con viveza la cortesana, y aun porque no puedo ser sencillamente Fernanda. Suceso alguno pasado y venidero del día de hoy me hará olvidar, señora, el papel que me han asignado al conducirme á esta casa los amigos de su marido de V.; papel que, yo se lo aseguro, desempeñaré lo más bien que sepa.

—Tampoco yo, señora, dijo Clotilde, echaré al olvido que usted ha consentido en encargarse de este papel, y mi gratitud por tanto favor...

—No me estime en más de lo que valgo, señora. De serme dado prever adonde me conducían y lo que iban á exigir de mi sumisión, á estas horas no me encontraría aquí hablando con V., esté V. segura de ello. Yo soy, pues, quien debo estar agradecida á un recibimiento que no me cabía derecho á esperar.

—Como quiera que sea, confiese V. que, si no la dicha, devuelve á lo menos la tranquilidad á nuestra pobre familia. Mauricio, á quien su abandono de V. había matado, vuelve á la vida.

—Yo no he abandonado al señor de Barthele, señora; supe que estaba casado y esto fué causa de que me separase de él. Le amaba más que á mi vida, y si me la hubiese pedido se la hubiera dado; pero desde el instante en que él tenía una esposa á quien mi dicha iba á hacer desventurada, no podía ni debía ser ya nada para mí.

—¡Cómo! ¿usted creía que Mauricio estaba libre? ¿usted ignoraba que estuviese casado?

—Por la salvación de mi alma se lo juro á V., señora; y lo que he hecho sin conocerla á V., puede afianzarla de antemano respecto de lo que miro como un deber á cumplir ahora que la conozco.

Clotilde, movida por un impulso involuntario y veloz como el pensamiento, asió la mano á Fernanda y se la estrechó con fuerza.

La de Neuilly, que desde el principio de la conservación y sin que no obstante no haber podido coger al vuelo palabra alguna de ella, no perdiera de vista al solo instante á las dos jóvenes, y hasta entonces no había sabido explicarse la reserva con que Fernanda correspondía á las atenciones de que era objeto, exclamó:

—Ea, no hay que ser tan modesta, Fernanda, pues aun cuando hubiese V. casado con todos los Ducoudray de la tierra, no por esto dejaría de ser la hija del marqués de Mormant.

La llegada de los criados, que venían para llevarse el café y los licores, no permitió oír la exclamación de sorpresa que profirió Mauricio al hacer este último descubrimiento que le explicaba el secreto de la amistad de colegio que existía entre Cornelia y Fernanda. Solamente ésta oyó y comprendió aquella ahogada exclamación, y desvió de Mauricio la mirada para que el joven no pudiese leer en ella la turbación de su alma, si hasta entonces dominada á costa de grandes esfuerzos, próximo á desbordarse.

XIV

Uno de los distintivos más notables de la sociedad moderna es ese barniz externo con ayuda del cual los individuos se ocultan mutuamente lo que pasa en su corazón; gracias á la monotonía de un lenguaje adaptado en sus más mínimos ápices á la camandulería del trato, no hay quien, por lo que se refiere al pensamiento, no se halle en potencia propinqua de dar gato por liebre; así es que, en el medio social en que vivimos, el drama no existe sino en los senos del alma ó ante el juez.

En efecto, en este grupo regocijadamente sentado á la sombra de las colgantes y aromosas ramas de los lilas, ébanos y acacias, el observador más sagaz no verá sino una escena íntima y cotidiana de familia. Todos los

semblantes están tranquilos, risueñas todas las bocas y todas las sonrisas son alegres. Con todo, escudriñemos plenamente los corazones, y hallaremos en ellos todas las pasiones con las cuales los poetas de nuestros días han labrado el edificio de sus más extravagantes lucubraciones: amor, celos y adulterio. Mas ya puede llegar una nueva visita, ya pueden ir y venir los criados, nada delatará las preocupaciones individuales, que desaparecen bajo la constrictión impuesta por los usos: el visitador creerá que ha asistido á la reunión más inocente del mundo, y los criados se dirán que sus amos son los seres más dichosos de la tierra.

Los griegos inventaron la fábula del laberinto como símbolo de los inextricables misterios del corazón humano. Quien no tiene asido el hilo de Ariadna, en él se extravía.

Entre tanto la noche iba invadiendo poco á poco el horizonte, y la brisa, más fresca, mecía el follaje. El médico juzgó prudente que Mauricio se recogiera, y manifestó su deseo, que los circunstantes, interesados individualmente en la mudanza, se apresuraron á satisfacer. Al instante, pues, se trasladaron todos á la quinta, donde convinieron en que se reunirían de nuevo en el dormitorio del enfermo, después de haberle dejado tiempo suficiente para meterse en cama, ya que su salida había sido una de esas afortunadas escapatorias que no se perdonan sino porque han salido bien. Entonces ocurrió uno de esos movimientos de libertad general en que cada uno siente la necesidad de sustraerse á la civilidad observada por largo espacio de tiempo. La baronesa y Clotilde acompañaron á Mauricio hasta la puerta de su aposento, Fabián y León sacaron sendos puros de sus bolsillos y se internaron en el jardín, y por último y en el instante en que la de Neuilly se llevaba consigo á Fernanda hacia el retrete, el conde creyó llegado el tan suspirado momento, por lo que inclinándose hasta el oído de ésta, la dijo:

—Señora, ¿me es consentido esperar que se digne V. ir al bosquecillo donde hemos tomado café? Dentro de media hora la aguardaré á V. en él.

—Iré, caballero, respondió Fernanda.

—¿Dice V.? preguntó Cornelia volviendo la cabeza.

—Nada, respondió el conde; preguntaba á la señora si regresaba á París esta noche.

Y saludando á las dos mujeres se alejó en busca de León y de Fabián; pero al llegar á la puerta del salón, se encontró de manos á boca con la baronesa, que iba á entrar.

—¿Adónde va V.? preguntó ésta al conde.

—Al jardín, señora, respondió Montgiroux.

—¡Al jardín! ¿está V. loco, mi querido conde? ¿no ha oído lo que nos ha dicho el médico respecto del fresco de las primeras veladas de la primavera?

—Sí, mi querida baronesa, pero lo ha dicho para el enfermo.

—Ca, no, señor; lo ha dicho para todos. Tengo el deber, pues, como dueña que soy de la casa, de apoderarme del brazo de V. y el de hacerme conducir hasta donde se encuentran las damas que nos han visitado. ¿Dónde están? ¿en el billar? ¿en el invernadero?

—Supongo que en este último.

—Pues vamos allá.

No había medio de oponerse á una invitación hecha por modo semejante. El par de Francia obedeció, pues, á regañadientes, y en compañía de la baronesa se puso en busca de Cornelia y de Fernanda.

Entre tanto, Clotilde, que había dejado á Mauricio en manos de su ayuda de cámara, salía de sus habitaciones y bajaba por la escalera con el corazón henchido de vaga tristeza. Al encontrarse á solas con ella, su marido le había asido y estrechado cariñosamente las manos, y á su vez preguntádola por su salud,—él que, desde hacía ocho días, taciturno é indiferente, no le dirigiera la palabra,—con el mismo afectuoso cuidado que ella confundiera con el amor y la había por tanto tiempo mantenido en una confianza engañosa. ¿Quería continuar embaucándola con su solicitud? ¿la presencia de la mujer extraña era causa de semejante enmienda? Probable que así fuese. Hasta entonces, pues, su ignorancia de las pasiones humanas la habían convertido en juguete de una

ilusión; lo que en el corazón de su marido y en el suyo propio tomara por amor, no era sino una amistad un poco más profana é íntima que las demás amistades. Al influjo ejercido por su rival, comprendía por fin lo que era una pasión verdadera, como comprendía también que no inspirara á Mauricio más amor que éste la inspirara á ella. No, el amor no era el afecto tranquilo, suave y tierno que recíprocamente les uniera, sino una sensación que restituye la vida y da la muerte; era una dicha abrasadora, terrible, inmensa, y al preguntarse Clotilde cuál era esa ventura desconocida, atravesáronle el corazón, dejando en él un surco de fuego, nuevos, extraños y luminosos pensamientos.

Compréndase que, preocupada con semejantes ideas, fatigada de la constricción de todo el día, la joven, sintiéndose libre por un instante y al verse á solas consigo misma, en lugar de bajar al salón para reunirse á los demás, bajóse al jardín; una vez en el cual y caminando al acaso, se encontró pronto y cuando menos pensaba en el interior del bosquecillo de acacias y de arces donde una hora antes estaba sentada al lado de Fernanda y frontera de su marido. En el estado de su ánimo, mal sitio era aquel para sus recuerdos: parecía que todas las miradas que cruzaran Mauricio y Fernanda, brillaban en la oscuridad, y refrescábasele en la memoria los episodios todos de aquel día, que sin embargo de estar aún lejos de haber terminado, tantos acontecimientos trajera en sus horas. La profunda tristeza en que estaba sumergida su alma, originada de la herida que infiriera á su orgullo el amor de Mauricio por otra mujer, iba aflojando poco á poco en su concepto los lazos del deber, é iniciábase en su espíritu una idea vaga de ese derecho que parece el derecho general de la humanidad, el de las represalias. Primeramente flotó ante su mirada una imagen confusa, indeterminada, que pronto pasó de nuevo y volvió á pasar, haciéndose cada vez más evidente, hasta que por último conoció en aquella sombra al hombre en quien á medida que iba desprendiéndose de Mauricio, se fijaba su pensamiento: en una palabra, á Fabián de Rieulle.

En la disposición natural de ánimo y atendidos los retratos que de Mauricio y de Fabián hemos trazado, toda mujer distinguida hubiera preferido al segundo el primero; pero Clotilde no se encontraba ya en las circunstancias en que el entendimiento juzga sanamente; que una vez la turbación del ánimo ha roto el equilibrio de la razón, la causa de ciertas pasiones se hace incomprendible. A sus ojos, Fabián estaba enamorado de ella, en tanto que Mauricio no lo había estado nunca. El amor en que ahora soñaba, dado que su marido y Fernanda la hicieran comprender lo que era amor, el corazón de Fabián se lo prometía, Fabián, que era quien podía hacerla sentir esas emociones sin las cuales la existencia es un mito, ya que sólo á ellas debemos el conocer que existimos.

Ahí se encontraba Clotilde de sus sensaciones internas, cuando ésta oyó á sus espaldas un ligero ruido que la hizo estremecer y que convirtió en real su visión. Sin que la joven tuviese necesidad de volverse y ver, sintió que se iba acercando un hombre, y por los latidos de su corazón, que este hombre era Fabián. Su primer impulso fué levantarse y huir, pero parecióle que los pies le habían arraigado en el suelo y que de dar un paso iba á dar consigo en tierra. Además, la voz de Fabián la detuvo.

—Señora, dijo el joven, verdaderamente ocurren circunstancias en que el acaso tiene todos los visos de una providencia, no me atrevo á decir de una simpatía: me siento llevado por una necesidad irresistible á contemplar de nuevo el sitio en que hace poco la he visto á V., y en él la encuentro. ¿Existiría realmente entre V. y yo un pensamiento común? Si así fuese, yo que hasta ahora me he considerado el más infeliz de los hombres, tendría, al contrario, que tributar acciones de gracias al cielo.

—Caballero, contestó Clotilde turbada, he dejado á mi marido para venir á disfrutar aquí de un instante de soledad de que me hallaba necesitada; permítame V. pues que me retire.

—Señora, repuso Fabián, la soledad tanto existe para

uno como para dos. ¿Qué es menester para esto? únicamente que los dos corazones sustenten un mismo pensamiento. Es así que mi corazón se refleja en el de usted, luego aun cuando seamos dos, continúa V. encontrándose sola.

—Para que esto sucediese, dijo Clotilde, sería menester que V. supiese lo que pasa en mi corazón.

—¿Y V. cree que se encuentra en la edad de la vida en que la mujer oculta sus impresiones á los ojos del hombre interesado en conocerlas? No por fortuna; es V. todavía demasiado casta y pura para esto, y yo leo en su corazón como en un delicioso libro abierto.

—¿Y qué ve V. en él á no ser una tristeza profunda?

—Realmente; pero no hay efecto sin causa y á ésta me remonto.

Clotilde se estremeció, pues sintió que Fabián acercaba el dedo á la llaga viva y sangrienta que ella acababa de descubrir dentro de sí misma.

—Usted está triste, señora, continuó Fabián, porque la primera necesidad de una mujer joven y hermosa es amar y ser amada; V. está triste porque ha advertido que no la aman como creyera serlo, y porque V. misma no ama con la vehemencia que supusiera; en suma, porque al ver hoy ante V. á Fernanda y á Mauricio, por la alegría y el sufrimiento de ellos ha comprendido el amor verdadero.

Clotilde fijó en Fabián una mirada de terror; era imposible leer más honda y fielmente en su pensamiento.

—Caballero, dijo la joven, incapaz de disimular la emoción que la señoreaba, ¿quién le ha dado á V. tan singular poder?

—¿El de leer lo que en V. pasa, señora? un amor profundo y verdadero, un amor como el que V. merece inspirar.

—¡Oh! caballero, tenga V. compasión de mí, se lo ruego, repuso la joven reuniendo todas sus fuerzas y haciendo un movimiento para alejarse.

—¡Compasión! repitió Fabián, bajando la voz para dar por medio del misterio más seducción á sus palabras; ¡compasión! ¿acaso se la ha tenido él á V.? Marido

de una mujer encantadora cuya dicha juró ante Dios labrar, la abandona; ¿y por quién? por otra mujer que le ofrece, no la equivalencia de lo que él pierde, pues no existe otra Clotilde, por una cortesana; durante tres meses no halla reposo, dicha y alegría sino al lado de ella, y cuando ella le abandona, la falta de semejante amor le mata; usted que está unida á su vida, desde entonces no es nada para él. A pesar de la abnegación de su esposa y del amor de su madre, se muere; háse despedido ya de la creación, ya tiene entornados los ojos; ya ustedes puede decirse que visten luto: aparece su amada querida, y sólo para ella consiente en volver á la vida, sólo para ella tiene miradas, como únicamente para ella tiene corazón. ¿A qué entonces se acordaría V. de él, cuando él para nada recuerda á V.? ¿por qué la subyuga todavía el lazo que él rompe? ¿por qué, cuando le basta tender la mano para hallar un amor que en vano ha solicitado de él su corazón, cuando yo le ofrezco á V. con la devoción más absoluta darla lo que él la ha quitado, me rechaza V.?

—¡Oh! caballero, caballero, murmuró Clotilde, imprimiendo á sus palabras un acento más sordo todavía que el de Fabián; caballero, no me hable V. de esta suerte, se lo pido por favor; Mauricio es amigo de V., y yo soy su esposa.

—¿No he respetado acaso los deberes de la amistad mientras Mauricio ha respetado para con V. los de esposa? ¿V. cree que yo la amo no hace sino tres meses? ¿que el amor que siento ha nacido en mí repentinamente al ver sus lágrimas, al profundizar su tristeza? No, señora; desengáñese V. de tal engaño; la amo á V. desde que la ví; lo único que había es que la creía á V. gozando de la dicha que merece. Cuando supe los lazos que unían á Mauricio con Fernanda, que lo supe desde el primer día, ¿solté frase alguna, una palabra siquiera que la diera á sospechar la traición de aquél? No, señora, sea V. más justa para conmigo: no he roto el silencio sino cuando ha rebosado la medida: cuando V. ha palpado la prueba irrecusable de que el amor de Mauricio había cesado de pertenecerla, ha sido cuando he hablado

á V. de mi amor; y aun, en la hora presente, ¿qué solícito de V.? Nada más sino que fie en mí como fiaría en un hermano; que descansa en mí como descansaría en un amigo, y me permita amarla y decirselo. No corresponderá V. á este mi sentimiento si tal es su voluntad, pero á lo menos sabrá que en cambio de un corazón ingrato, habrá hallado un corazón completamente devoto.

—Deje V. que me vaya, caballero, dijo Clotilde, ensayando retirar la mano que le tenía asida el joven; deje que vuelva al lado de mi marido. De prestar á V. oídos por más tiempo, los dos seríamos culpados.

—¿Culpados? repuso Fabián. Indudablemente lo seríamos si su marido de V., al proporcionarla la dicha, la ponía á cubierto del anhelo; pero por fortuna no sucede así. Su loca pasión por esa mujer la devuelve á usted la libertad completa de acción... Concédame V. algunos instantes más, pues quiero saber cuándo la veré á V. de nuevo, cuándo de nuevo la encontraré á solas, cuándo se me presentará otra vez esta venturosa coyuntura para repetirle cuanto la estoy diciendo.

—Por Dios, caballero, dijo la joven, suélteme V.; la noche ha cerrado por completo y no es prudente que permanezcamos solos aquí. Por favor, deje V. que me vuelva al lado de Mauricio.

—¡Al lado de Mauricio! ¿Y V. cree que Mauricio la está aguardando? ¡Volverse al lado de Mauricio! ¿por qué? ¿Para incomodar sus miradas, para violentarle? No, á estas horas otra se encuentra al lado de su marido de V., otra le consuela y le devuelve á la vida.

—Se equivoca V., caballero, dijo, á espaldas de Fabián, una voz grave y serena; esa otra está aquí.

Fabián y Clotilde profirieron simultáneamente un grito de sorpresa.

—¡Fernanda! exclamó la esposa de Mauricio.

—¿Estaba V. escuchando, señora? preguntó Fabián.

—No, sin querer les he oído á ustedes, y entonces me he venido, repuso Fernanda en voz y con actitud que impuso respeto aun á la aristócrata.

—Fernanda, dijo Fabián con acento de zumba, ya

sabe V. que su sitio no está aquí, sino al lado de Mauricio.

—Mi sitio está en todas partes donde puedo ser útil, y por lo tanto ahora es este.

—A V. la han hecho venir para Mauricio, para nadie más, repuso Fabián.

—Pues á Mauricio estoy guardando. Esta mañana le he salvado la vida, y esta noche le salvaré la honra.

—No la comprendo á V., señora, contestó Fabián con impaciencia, ni la señora de Barthele tampoco.

—Muy posible es que V. no me comprenda, señor de Rieuille, arguyó Fernanda, pero estoy segura de que sí me comprenderá la señora de Barthele; pues voy á hablarla en nombre de lo para ella más sagrado en el mundo.

—¡Fernanda moralista!

—¿Y por qué no, señor de Rieuille? Proceda de los labios que proceda, la verdad es siempre verdad. Escúcheme V., señora de Barthele: la mujer que ha jurado fidelidad ante un juez, y por testigos de ésta ha tomado á Dios y á los hombres, cuando es perjura descende mucho más bajo que la cortesana, pues se convierte en adúltera.

—¡Oh! sí, Fernanda, tiene V. razón, murmuró Clotilde; sí, tiene V. razón, pues mi conciencia me dictaba lo que me está V. diciendo.

—Está V. desatinando, Fernanda, dijo Fabián á media voz y asiendo de la mano á la cortesana.

Pero ésta, lejos de dejarse intimidar por el ademán ni por las palabras, aunque uno y otras encerrasen una amenaza, se volvió hacia el joven, y continuó en estos términos:

—¿Ha olvidado V. acaso, que si el seductor de una doncella puede á las veces reparar su falta, nunca tiene derecho á rescatar su crimen el corruptor de la mujer casada? Una doncella que cae en el lazo no es sino una muchacha deshonrada, en tanto que la esposa que resbala al abismo es una mujer perdida.

—¡Oh! señora, repuso Clotilde juntando las manos, ¿qué me está V. diciendo? ¡Dios mío!

—Se equivoca V., señora, dijo Fernanda con acento de suave y profunda compasión; ninguna palabra de las que pronuncio se dirige á V., y si alguna de las expresiones salidas de mis labios ha menoscabado el respeto que debo á la mujer honrada, le suplico me perdone. Hablo con el señor de Rieulle, y ya lo ve V., señora, no se atreve á contestarme.

—Porque su audacia de V. me sorprende por tal modo que me paraliza la lengua, dijo Fabián.

—¡Mi audacia! repuso Fernanda. ¡Ah! ya sé que no todo el mundo la tendría; pero no es muy grande el mérito que contraigo al hablarle á V., como lo hago. ¿Qué perjuicio puede V. causarme? ¿Decir que ha sido usted mi amante? Sería una mentira, pero mentira que si bien deshonoraría á otra mujer, no me acarrearía otro mal que el de ponerme un poco más á la moda. No, caballero, su poder de V. tan terrible contra las damas que tienen marido, madre y familia á quienes están obligadas á responder de sus acciones, se estrella contra mí, que, sola y aislada, no debo cuenta de mi conducta sino á Dios. Ahí porqué me coloco resueltamente entre usted y la señora de Barthele; ahí porqué digo á ésta: Prestando oídos á este hombre, iba V. á perderse; véngase V. conmigo, voy á salvarla.

Y en pronunciando estas palabras, Fernanda asió de la mano á Clotilde y se la llevó consigo, mientras Fabián, inmóvil de estupor y de despecho, quedó clavado en el sitio.

Apenas hubieron andado unos cincuenta pasos, Fernanda sintió que Clotilde desfallecía; entonces rodeó con el brazo la cintura de su acompañada, y á la luz de un rayo de luna, que en aquel momento dejaron al descubierto las nubes, las dos mujeres cruzaron una mirada rápida y por la alteración de sus facciones pudieron comprenderse mutuamente. Ambas llevaban impresas en el rostro las huellas de una emoción profunda. Clotilde temblaba de miedo, Fernanda de entusiasmo, pues sentía que Dios la había escogido en su abyección, y que iba á devolver á una familia más que no ella estuvo á riesgo de quitarla.

—En nombre de su esposo de V., señora, en el de su madre, rehágase V., dijo Fernanda, y sobre todo tenga confianza en mí. Yo también presté oídos á palabras semejantes á las que acaba V. de oír, y me veo convertida en lo que llaman una mujer perdida. Lo que de mí han hecho, es menester que no lo hagan de V., pues está usted casada y no tiene la excusa de encontrarse sola. ¡Ah! no vaya V. á creer, señora, en la funesta máxima de que está V. autorizada á faltar porque ha faltado su marido. Su deber de V., ocupando como ocupa una posición encumbrada y ostentando un nobilísimo apellido que no es el de V., sino el del hombre á quien ha sacrificado su existencia, es llorar en silencio, refugiarse en la pureza de su vida, y orar y esperar.

—¡Ah! señora, es V. un ángel que el cielo me envía para que me guíe y sostenga. ¡Oh! ¿cómo podré pagar cuanto ha hecho V. por Mauricio y está haciendo por mí?

—Permaneciendo fiel á aquel á quien le he restituído y comprendiendo que es tan superior á los demás hombres, como lo es V. á las demás mujeres. Sosiéguese usted; Mauricio, descarriado por un instante, á V. volverá. ¿Qué le reprocha á V.? ¿El que V. no sepa amar? Pues le demostrará V. que en el pecho de la esposa late un corazón digno de comprender y sentir cuanto pasa en el de su compañero de la vida.

—Señora, señora, dijo Clotilde ¿quién le da á V. tanto influjo sobre mí, que me halle pronta á obedecerla? ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Quién es V.?

—¿Quiere V. saberlo? preguntó Fernanda con profunda tristeza.

—¡Oh! sí, exclamó Clotilde, si; es indudable que lo que V. me diga encerrará para mí alguna enseñanza.

—Y á mí me proporcionará un lenitivo, porque se compadecerá V. de mí. ¡Ah! esta será la primera vez, después de cinco años, que habré evocado las lágrimas é invocado la compasión, sin embargo de que sabe Dios si he tenido necesidad de ellas.

—¡Ojalá pueda yo serla á V. útil en algo en cambio de lo que está haciendo por mí, señora! dijo Clotilde;

venga, véngase V. conmigo, estoy anhelosa de consolarla á mi vez.

Entonces fué Clotilde quien asió de la mano á Fernanda y se la llevó hacia el ala de la quinta opuesta á la en que estaban reunidos la de Neuilly, la señora de Barthele y Montgiroux.

Las dos jóvenes entraron en un como retrete alumbrado suavemente por una lámpara de alabastro. Clotilde cerró la puerta para que persona alguna pudiese interrumpir la confidencia que iba á recibir, y volviendo al encuentro de Fernanda, se sentó al lado de ésta, diciendo:

—Puede V. hablar, escucho.

XV

Trascurrieron unos momentos de silencio, durante los cuales Fernanda permaneció inmóvil y con la frente inclinada; luego y cual si hubiese tomado sobre sí la tarea de empezar la penosa confidencia que ella misma solicitara hacer, la joven levantó la cabeza y se expresó en los siguientes términos:

—No pretendo, señora, disculpar mi conducta engañándome con cualidades que no poseo, ó inventando peligros que nunca he corrido. No, esté V. convencida de que nadie es tan severo para conmigo como lo soy yo misma; pero es muy raro que una mujer distinguida se convierta en piedra de escándalo, sin que permanezca objeto de compasión para aquellos que observan las cosas á todas luces; es extraordinario que una mujer caiga sin que la empujen; su falta es siempre el crimen de otro; sólo las circunstancias determinan el vituperio ó la compasión. Nos educan á la buena de Dios, y desenvuelven en nosotras facultades que no tienen otro fin que el de hacernos brillar á los ojos de la sociedad, con lo que la educación nos vuelve todavía más fútiles y fri-

volas que no nos ha creado la naturaleza. Al educarnos, parece que lo hacen para un porvenir de dicha no interrumpida y segura; pero luego se nos echa de improviso encima la desgracia, y nos exigen las virtudes necesarias para luchar contra una desdicha de que nunca nos habian hablado. Esto es ser injusto y cruel, pues la ignorancia del peligro destruye el libre albedrío. Privada desde la cuna del cariño de una madre, confiada á manos mercenarias, no he conocido en mi vida los solícitos cuidados que preparan á la joven para cumplir con los destinos de la mujer, esto es con el deber y con la obediencia. La indiferencia de los extraños influye en nosotras, sobre todo porque nos aísla; los lazos de parentesco, la jerarquía de la sangre, son en la casa paterna, durante nuestros primeros años, lo que debieron de ser para la sociedad en la infancia del mundo, el sacerdocio doméstico, la magistratura íntima, la regalia natural. Desde muy niñas nos acostumbran á respetar el derecho imponiéndonos deberes, á acatar la autoridad obligándonos á obedecer; y en la vetusta torrecilla en que nació, situada en el corazón de la Bretaña, donde tan fielmente se transmiten los usos de lo pasado, donde las más remotas tradiciones aparecen todavía, cual pálidos fantasmas, en lo presente, nunca la gran silla de brazos hereditaria, trono de la familia, me ofreció, en las festividades solemnes del año, el espectáculo de un padre y de una madre que tienden los brazos á su hijo, le alientan con una mirada preñada de lágrimas, le toman de las manos el ramo que el jardinero ha cogido para la festividad, y escuchan sonriendo los versos que el maestro de escuela ó el cura han compuesto para ocasión tan solemne. No, nunca el año ha concluído para mí en medio de la trémula impaciencia de ver llegar el día siguiente para inaugurar el nuevo año con el cumplimiento de un acto sagrado. ¡Ayl el niño que no puede empezar el día pidiendo á Dios que los conceda dilatados á sus padres, está condenado á la desdicha desde la cuna; que el cielo se muestra sordo á la voz de aquellos que únicamente oran para sí: tal lo ha decretado la fatalidad. ¿Quién ha fulminado decreto semejante? no lo sé;